

## LA ABADIA DE SAN TELMO: CONVENTO, CUARTEL Y MUSEO

**E**N el ejemplo de pulcritud ciudadana y de esmero de urbanización llevado al máximo, que es la ciudad de San Sebastián, esta noble y austera mole de la Abadía de San Telmo, que se levanta junto a las faldas de Urgull —el monte ciudadano, siempre lleno de verdor—, tiene toda la atracción y la alegría del contraste.

Está situado el austero edificio en una despejada plaza, que permite abarcar de una sola ojeada la fachada principal en toda su amplitud, sirviéndole de fondo la frondosa montaña, entre el salobre olor y el rumor ininterrumpido de la mar cercana.

La visita a San Telmo es siempre promesa de unas horas de íntimo deleite, en que el espíritu se relaja y se extiende sin limitación ante la intensa vida interior que desde sus muros se desprende, pese a todas sus largas vicisitudes en el tiempo y en la Historia.

Pero es aún mayor el gozo del visitante si se acerca al antiguo convento en una apacible tarde otoñal, en que las primeras lloviznas—aún mansas, pero ya persistentes—, han puesto en su alma una brizna de agridulce melancolía, de esa singular sensación en la que hay tanta añoranza por los luminosos y fugaces días veraniegos, como fuerte y sana alegría por la tarea a emprender, que aguarda intacta, en el rincón familiar, la presencia, próxima ya, del viajero.

Acudir a San Telmo, en una tarde así, es comprenderle total y absolutamente. Trasponer tan sólo su umbral, es percibir ya el encanto místico y severo de su cuadrado jardín, cuyo reducido ámbito está enmarcado por la maravilla de su claustro, resguardado hasta el máximo, como conviene a la región en que está situado,

y cuyo silencio sólo se turba por los sonoros pasos de los visitantes y por el más frecuente gotear de la lluvia, fina y continuada. Ella mantiene siempre verde su arbolado, recubriendo de húmedo musgo pilastras y losas, al par que ennegrece las desnudas paredes y las solemnes estatuas yacentes del secretario de Felipe II, D. Alonso de Idiáquez, y de su esposa D<sup>a</sup> Gracia, la del lindo nombre, bienhechores del Convento que los dominicos fundaran en la antigua ciudad en 1519.

Reposa la efigie del piadoso caballero con el sosiego y descanso del que cumplió leal y puntualmente con su deber de hijo y de cristiano. Fué su padre, el ilustre D. Juan de Idiáquez—secretario, a su vez, de Carlos I, y asesinado en Elba por los luteranos—quien le encargó especialmente ayudase y favoreciese la labor de la Orden Dominicana, a quien él, por sí mismo, diera su máximo apoyo desde el comienzo de la fundación.

De acuerdo, pues, con el deseo paternal, el noble hidalgo impulsó y favoreció las aspiraciones de la Orden de los Dominicos, de tal modo, que a él se debe de hecho la construcción de la anchurosa fábrica y el afinamiento definitivo de los monjes en la antigua Donosti.

Constaba el primitivo edificio de dos plantas, y estaba guarnecido por cuatro torres que le daban simetría y corrección clásica.

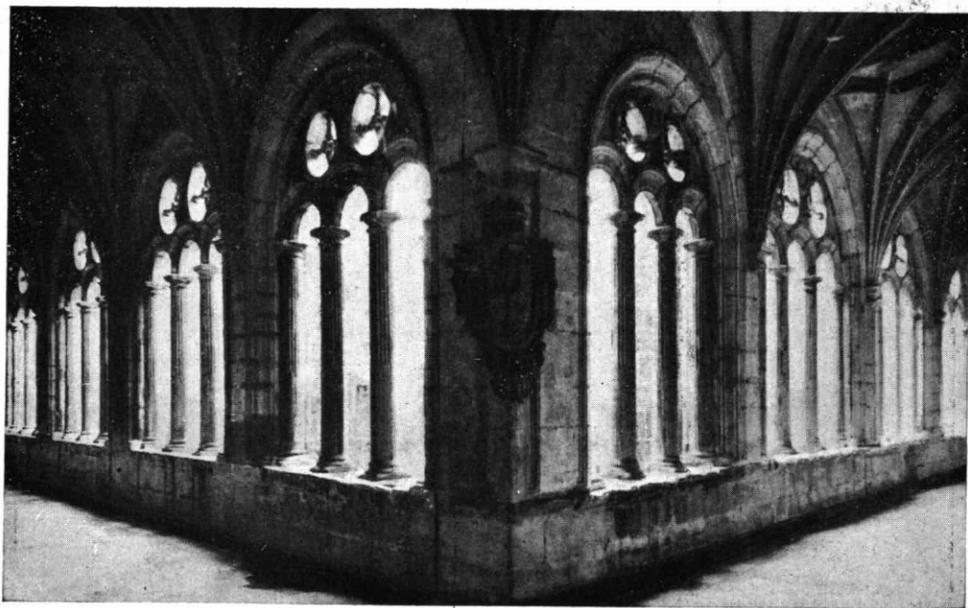
Así se instaló en la capital de Guipúzcoa, la falange de la Orden de Predicadores, que comenzó, una vez más, en aquel rincón, su labor callada y silenciosa, enlazando de este modo su tradición secular sin solución de continuidad con la labor emprendida, o comenzada ya, por los mismos monjes en conventos análogos, distribuidos por todo el ámbito del universo conocido.

La vida monástica transcurre fecunda y sosegadamente hasta el aluvión liberalista de 1835, en que un Ministro de la Corona—ya la Monarquía es constitucional—, comienza con la Ley de Desamortización la persecución sistemática, más o menos interrumpida, contra los legítimos bienes de la Iglesia.

De este modo, la antigua Abadía, que durante trescientos años

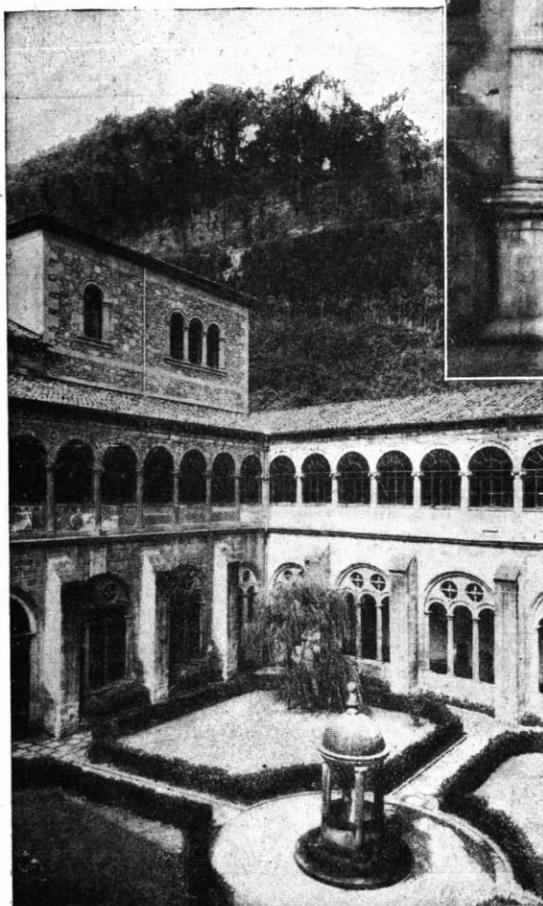


La Iglesia, convertida hoy en salón de conferencias. Al fondo, el lienzo de Sert en que se exaltan las glorias guipuzcoanas.



El Claustro bajo de San Telmo, que durante trescientos años guareció las breves horas de asueto de los monjes predicadores.

La portada sobria y austera  
de la calle de 31 de Agosto.



El jardín, pequeño y recoleto,  
con el antiguo pozo resguarda-  
do por el diminuto templete.

representara a la Orden de Santo Domingo en la provincia de Guipúzcoa, es arrancada de sus manos, y, al pasar a las del Estado, trueca su ancestral silencio y su profunda y larga paz por el bullir ruidoso y constante de los mozos que van a servir al Rey, encuadrados en los batallones de Artillería y de Infantería de Sicilia.

De los tiempos en que fué cuartel, conserva San Telmo únicamente, además de la distribución—inevitablemente cambiada—, unas muestras de las municiones empleadas por sus contemporáneos, en forma de balas de cañón, que yacen alineadas entre las pilastras del claustro, como olvidadas y al desgaire.

Pero el correr del tiempo desvía, una vez más, el destino de la Abadía, y el alborear del siglo alumbra más pacíficos tiempos, aquietados, siquiera pasajera, los pronunciamientos y luchas del discutido siglo XIX. Y es en sus primeros años—exactamente el 14 de mayo de 1913—, cuando el arte recaba para el hermoso edificio, y, con la declaración de Monumento Nacional, desaparece el viejo cuartel. La Abadía, adquirida ya por el Ayuntamiento de San Sebastián, y absolutamente a sus expensas, comienza su tercera transformación, convirtiéndose en Museo.

La ciudad alberga allí las obras representativas de Guipúzcoa, en sus más variados aspectos, desde el arqueológico y etnográfico hasta el pictórico y del folklore, y la Abadía, como una matrona prolífica y cordial, guarda, en su maternal regazo, las muestras de la industriosa actividad que sus hijos le fueron entregando.

Esta postrera fase del desarrollo de San Telmo permite al visitante percibir aún el encanto místico que a su recinto dieron los tres siglos de vida monástica que sus paredes encerraron, y el Museo provinciano adquiere así un encanto y un valor inestimables.

Recorramos, pues, sus dependencias, y sea este paseo a la ligera como un sencillo itinerario en el que nos detengamos aquí y allá, cuando nuestra predilección nos lo aconseje, independientemente del valor artístico o histórico de las cosas. Y, antes de seguir, resaltemos el sacrificio que representa para la ciudad el manteni-

miento de San Telmo, y la cortesía y erudición de su Director, don Fernando del Valle, ejemplo de españoles y cordialísimo caballero.

• • •

Pasado el claustro y recorrido el minúsculo jardín, si así lo deseáis, puesto que el Museo está desierto, y es mayor su encanto en la soledad, encontramos la sala de armas, donación particular, con sus sugerencias de batallas y encuentros caballerescos, y, más al fondo, dejando de lado la antigua escalera—que sustituye a la tradicional de honor, destruída por las necesidades castrenses—, llegamos a la Iglesia, conservada en su totalidad. Pero no hay en ella culto ya desde hace más de un siglo, y la falta de espiritualidad es aquí desoladora y triste, pese a la maravillosa obra que Sert, el pintor genial, ha dejado en los diez paneles que decoran sus muros. El artista quiso sintetizar en ellos las actividades y glorias que exaltan al país.

Y, en efecto, esta Guipúzcoa de marinos y de armadores, de santos y de sabios, de fueros y de leyendas, está aquí plena y totalmente representada, en estos frescos abigarrados y casi apocalípticos. Detengámonos ante el que nos muestra a San Ignacio, escribiendo las Constituciones de la Compañía, inspirado por el Cristo crucificado. El espectador, maravillado, experimenta realmente la sensación de trance religioso y místico del más grande de los Santos españoles, que, en sublime postura, se arrodilla, humilde y reverencialmente, ante el Salvador atormentado. El Hijo del Hombre se muestra a él—en difícil actitud—, dictando los Estatutos de la Orden religiosa y militar, de obediencia voluntaria y de renunciación mística, al mismo tiempo que de represión constante del yo orgulloso y sensual, el obsequio al Dios-hombre martirizado. Y toda la escena está bañada de extraña y vívida luz, que ilumina el lienzo dándole verdadero carácter sobrenatural.

En esta antigua Iglesia, convertida en salón de actos en la actualidad, se celebró la sesión inaugural del Instituto de España,

en el invierno del año de gracia de 1937, la cual tuvo la emoción y grandeza que cumplía a la época difícil por que atravesaba España en aquellos días, entregada a las armas esforzadamente, pero sin olvidar lo que se debe a las disciplinas del espíritu, en su más alta manifestación.

De igual modo, desde la liberación de San Sebastián, en 13 de septiembre de 1936, hasta la terminación de la Cruzada, se albergaron en San Telmo todas las Academias, que pudieron proseguir así su fecunda labor.

Antes de dejar la planta baja, una ojeada a la capilla lateral en que se albergan doradas vírgenes góticas, y un San Juan románico, verdaderamente maravilloso de modelo y expresión. En vitrinas, colocadas en el centro, ornamentos sacerdotales y antiguos libros de liturgia de valor incalculable.

Subamos al piso superior. Aquí la luz gris y plata de la tarde otoñal es más clara y transparente. En la cerrada galería que corresponde exactamente al claustro, una pequeña puerta nos lleva a las salas de pinturas, donde el prócer pincel de Sánchez Coello, que representara inimitablemente la apostura y gallardía del Rey D. Sebastián de Portugal, sólo encuentra rival en la obra de Zuloaga, que expone aquí felices muestras de su primera época.

Unos tramos de escalones nos llevan a la sala de Regoyos, en que el primer y único pintor impresionista español—por el cuidado y cariño de su viuda, que ha encargado al Museo el depósito de gran parte de su obra—, nos recrea con la interpretación jugosa y espontánea de los más variados tipos y paisajes españoles, tal como los viera en su calidad de pintor al aire libre. Sólo por esto valdría la pena de visitar San Telmo, sobre todo al viajero procedente de la capital, acostumbrado a la pintura contemporánea del Museo de Arte Moderno, donde falta casi totalmente el aspecto de la pintura impresionista, que tanta influencia había de tener sobre los paisajistas contemporáneos.

Una ligera mirada a las salas de los legados particulares nos pone de relieve, como es frecuente en estos casos, obras de au-

téntico valor histórico o artístico, en promiscuidad con las más mediocres producciones, y sólo nos resta la vuelta lenta por la clara galería.

Nos detenemos aquí y allá ante las muestras de la artesanía guipuzcoana, que, en forma de aperos de labranza y utensilios domésticos, nos indican la índole de esta raza de rústicos y labriegos, apegadísima a sus usos y costumbres patriarcales, de fiera independencia y de elementales aficiones. Arados y telares, abarcas y cestillos, mobiliario doméstico y utensilios de cocina; todo ello tosco y rudimentario, confeccionado con maderas del país, nos sugieren escenas familiares, en que la vida se desliza sencilla y apaciblemente, entre humeantes guisos servidos sobre la lencería de ingenuos dibujos, y a los que sirven de fondo, en lugar de la animada charla de las comarcas del sur, las nostálgicas canciones, er-  
tonadas siempre donde se encuentran vaseongados, de tan feíz disposición natural para la música, sobre todo cuando es vocal.

Y, por último, la biblioteca, en que se hallan refundidas la del Ayuntamiento y la de la Abadía, con un total de más de 26.000 volúmenes entre los que se encuentran algunos incunables y códices miniados de inestimable valor.

El ambiente es propicio al estudio callado y cotidiano, y el silencio adquiere aquí valor y símbolo de rito.

La visita toca a su fin. En un recodo de la enristalada galería se encuentran las salas en que se guardan recuerdos del Movimiento Nacional, donde Guipúzcoa ha recogido autógrafos y armas, objetos de uso personal y retratos de las más destacadas personalidades civiles y militares que intervinieran, más o menos directamente, en la liberación de su capital. Entre ellos vemos al pasar, una cuartilla, en que el Caudillo de España anima, en forma vibrante y escueta, a los defensores del Alcázar durante su largo asedio...

\* \* \*

El recorrido ha terminado. La lluvia continúa cayendo, suave y mansamente, restando bullicio y animación a las calles. Así el tránsito a la vida exterior se hace sin dificultad, y la visita al Museo provincial de San Telmo queda en la memoria como uno de los más amables y profundos recuerdos en la brillante modernidad del verano donostiarra.

I. RIBERA